

EL AÑO DE LA GUARIDA

Chiki Fabregat



*Para Jota, el de verdad, que me regaló
esta historia sin saberlo.
(Yo tampoco lo sabía cuando empecé a
escribirla.)*



1



EL NARRADOR DE ESTA HISTORIA



HAY UN ANTES Y UN DESPUÉS DE LA GUARIDA.

Tea dice que las cosas no se cuentan así, que hay que seguir un orden y empezar por el principio, pero Jota nos ha explicado que no es lo mismo la trama que el argumento. Las cosas que pasaron en el orden en el que ocurrieron son el argumento; el orden en el que las cuentas al lector, la trama. Y cuando alguien cuenta una historia decide si los hace coincidir. Yo no quiero cambiar el orden de las cosas ni hacer experimentos narrativos, bastante tengo con contar lo que pasó, pero es que no sé muy bien dónde empezó todo.

¿Empezó cuando nos conocimos? ¿Cuando hice la foto de Tea? ¿El día que entramos en aquella clase? O antes, mucho antes. Antes incluso de que nosotros cinco nacióésemos, cuando el mundo empezó a darle importancia a las cosas que no la tienen y a mirar hacia otro lado en las que sí.

Sería más fácil si esta historia tuviera un protagonista, ese personaje que lucha para lograr su deseo y que al final toma una decisión. Pero no, aquí fuimos protagonistas todos. O cada uno a su manera, depende de quién lo cuente. Yo hubiera preferido no tener una historia que contar, pero las cosas pasan, aunque no lo queramos. Y eso, a veces, es bueno. Otras, es muy malo.

Tea me ha dado un montón de consejos: «Pon otros nombres, para que nadie nos reconozca» (como si, a) alguien fuese a leer esto y b) no se viera a la legua que se trata de nosotros); «Hay un Rai que escribe y un Rai que narra y no son el mismo» (claro, porque el traje de narrador es como las gafas de Supermán, que te las pones y eres otro); y mi preferido: «Elige lo que quieres contar». Este es el que más me gusta porque, sí, voy a contar lo que yo recuerdo, lo que ha sido importante para mí, aunque son mis recuerdos y si los contase cualquiera de los otros, lo haría de otra manera, estoy seguro.

Yo quiero contar lo de Lidia, lo de Yaiza, lo de Aitor, lo de la noche del Corena, lo de Jota. Y lo de las malas ideas. Menudo montón de malas ideas. Lo de todas las señales que no quisimos ver. Y lo de Andrew... no sé, lo de Andrew es más difícil que lo cuente.

Y lo de la Guarida, claro. Tengo que contar lo de la Guarida.



2



LOS ANTECEDENTES DE LA HISTORIA



LA TORMENTA de la Guarida empezó a soplar mucho antes de que nos diésemos cuenta. Faltaban dos días para empezar las clases y aún teníamos ese entusiasmo por lo nuevo que nos empapa cada septiembre y nos abandona antes de Navidad. Empezábamos cuarto, el último curso antes de que el Bachillerato nos obligase a pensar en el futuro, a tomar decisiones o a pelear por esas décimas en la nota que suponen cumplir tus sueños o quedarte con el sucedáneo. El instituto había ofertado optativas que, por primera vez, encajaban en nuestros deseos, así que Tea se apuntó al taller de escritura y yo al de fotografía. Dos días después supimos que ninguno de los dos grupos había alcanzado el número suficiente de alumnos para formarse y esa fue la primera decepción de un año plagado de ellas. Acabamos en un grupo de teatro con el idiota de Aitor (que por entonces aún me parecía un idiota), Lidia, la tía más borde de todo el instituto (aunque luego resultase ser solo un mecanismo de defensa) y Yaiza, la empollona de clase (que también resultó ser mucho más que eso). Cinco personajes inconexos que nadie en sus cabales habría puesto juntos en el mismo escenario.

Pero la tarde de la tormenta aún pensábamos que empezaba un año bueno, así que Tea y yo salimos a hacer fotografías con

la réflex nueva. Quería impresionar desde el primer día a mis compañeros de grupo, de ese grupo que luego no salió. Incluso podría presentarme al concurso que organiza todos los años el AMPA y con lo que me dieran por ganar (porque cuando uno hace planes, no solo se presenta a un concurso: lo gana) pagar las entradas de algún concierto.

Nada salió como habíamos planeado.

Tea empujó mi silla hasta el parque y aguantó paciente mientras yo disparaba a los árboles, al puente, al arcoíris que se había formado alrededor de la fuente pequeña..., pero por muy buena que fuera la cámara, ninguna foto pasaba de mediocre. Así se lo dije: «Las fotografías sin gente son como las promesas que se han olvidado». Tea se rio y me preguntó si había copiado la frase de un libro de autoayuda o de un calendario de pared, pero es cierto, una fotografía sin alguien a quien recordar después no es más que... una fotografía. No intenté retratarla porque no es buena modelo, en cuanto tiene una cámara delante se tensa y se nota la incomodidad que le ha supuesto estar allí, mirando al objetivo. Solo cuando está despistada y disparo al descuido sale perfecta.

Ya habíamos gastado la mitad de la batería de la cámara cuando se levantó el viento. Soplaba tan fuerte que temimos que algún árbol nos cayera encima. Habría sido un buen titular: «Dos adolescentes mueren aplastados por la ira del viento». Tea se vino arriba y empezó a lanzar titulares más dramáticos: «Dos adolescentes pierden su batalla contra un parque endemoniado», «La tragedia se oculta tras un plátano de sombra», «El viento asesino». Luego soy yo el de los calendarios de pared y los libros de autoayuda. En fin, Tea es escritora (aunque jamás se atreva a decirlo) y por eso se pone tan intensa, pero la quiero igual.

No nos mató el viento, pero la tormenta removió las semillas del odio y el asco y el desastre, solo que no lo vimos venir.

Cuando empezaron a caer las primeras gotas, Tea empujó mi silla hasta su portal. Siempre me pide permiso para hacerlo y siempre le digo que sí, que no hace falta que lo pida, pero insiste una y otra vez. Llegamos empapados y nos metimos en su habitación. Las ruedas iban dejando una marca en las baldosas amarillas de su casa, tan impolutas, pero ella le restó importancia. Luego se quitó las deportivas y los pantalones, para no mojarlo todo, y me ofreció una toalla con la que secarme.

Martina, la hermana pequeña de Tea, abrió la puerta de golpe. Es un torbellino de seis años que se sienta sobre mis piernas en cuanto me ve y me cubre de besos y, a veces, de peluches, coches, un unicornio rosa espantoso que le regalaron los abuelos de Tea cuando nació o cualquier juguete con el que crea que puede chantajearme para que le dé una vuelta a lomos de su corcel preferido: yo. Bueno, igual ahora ya no soy su preferido, pero eso vendrá luego. Esa vez traía un perro lanudo y, cuando Tea le regañó por entrar sin llamar, se lo lanzó y mi amiga lo cogió al vuelo. Estaba sentada en la cama y lo abrazó entre risas. Entonces vi la fotografía que estaba buscando y saqué el móvil, porque la cámara se había quedado en su funda, colgando del respaldo de la silla, y no podía perder el tiempo. La retraté con el pelo mojado, con unas bragas azules con estrellas blancas asomando bajo la camiseta, con las piernas cruzadas y el cachorro de peluche en el hueco que dejaban libre.

Así, sí.

Ni los árboles ni el arcoíris ni la lluvia, ni siquiera la fuerza del viento podía competir con la energía que desprende Tea cuando cree que nadie la mira.

Todo eso fue cuando aún hacía calor, cuando no anochecía antes de la cena y cuando el curso no había empezado. Me libré de los abrazos inagotables de Martina, me marché a mi casa y los dos nos olvidamos de aquella foto. Después, cuando el curso había

avanzado tanto como para que nuestro único deseo fuera que los días pasaran y la primavera había arrastrado cualquier recuerdo de aquella tarde a un rincón en sombra, se desató la tormenta de la Guarida.



3



UNA PEQUEÑA ACLARACIÓN SOBRE LA GUARIDA



LA GUARIDA era una red social en la que se escondían con nombres falsos la mayoría de los alumnos del instituto. Una pieza más en esta historia, puede que ni siquiera la más importante, pero la que provocó que nosotros, los personajes, tuviéramos el primer deseo: hacerla desaparecer.

La habían creado unos años atrás los de Bachillerato Tecnológico, en el mejor de los casos, esperando que todos en el Gloria Fuertes se conocieran y hasta se hicieran amigos, en el peor, convencidos de que revolucionarían el mundo y se forrarían con aquello, porque todos hemos visto documentales de frikis que hacen cosas parecidas en el garaje de su casa en Kansas. Lo presentaron como proyecto de fin de curso y a los profes de entonces les pareció una idea brillante. Para cuando nosotros llegamos, había degenerado en un tablón de anuncios de cotilleos, bulos y, en algunos casos, ataques a los alumnos más débiles. Todos sabíamos que existía, y que había profesores que utilizaban pseudónimo y hasta se cruzaban apuestas sobre quién se ocultaba detrás de cada perfil. Los profesores y el instituto habían recomendado mil veces que se cerrara y eso consiguió convertirla en objeto de deseo, la red clandestina en la que nadie confesaba tener interés, pero de la que casi todos estaban pendientes. Si

tu nombre aparecía en una nueva entrada, solo esperabas que la mentira que se contaba sobre ti o el secreto que alguien había aireado durase poco, que apareciese otra víctima y lo tuyo se olvidara. Cuentan que hubo valientes, alumnos y profesores que lo denunciaron, que consiguieron incluso cerrarla o inhabilitar algunos perfiles. Pero siempre renacía con un nombre parecido, con más mentiras, con el único fin de aplastar a uno para deleite del resto. Y nadie se daba cuenta de lo peligroso que era hasta que le tocaba. Tampoco nosotros.

Tea y yo ni siquiera teníamos por entonces la aplicación instalada en el móvil. No es que fuéramos mejores que los que sí leían y publicaban allí, es que la vida y los cotilleos del instituto nunca nos habían importado. Yo siempre me había creído a salvo porque nadie se atreve a hacer bromas en voz alta sobre un chico en silla de ruedas y Tea... Tea es invisible, tiene ese superpoder.

O lo tenía.

Hasta que apareció su foto.



4



LA FOTO DE LA DORO



NO TENÍAMOS NI IDEA de lo que estaba pasando hasta que Yaiza se acercó a nosotros.

—Eres tú, ¿verdad? —dijo, mostrándole su teléfono a Tea—. Hace falta ser muy capullo.

Tea cogió el teléfono, miró la pantalla y luego me lanzó una mirada como... como de haberme olvidado de su cumpleaños.

—¿Qué he hecho?

Alargó el brazo y me ofreció el teléfono de Yaiza.

Alguien había subido un trozo de la fotografía de aquella tarde de viento a la Guarida y había escrito una frase tan mal intencionada como ingeniosa debajo:

«Lo que guarda la Doro entre las piernas»

Dorotea. De ahí viene su nombre, aunque lo odia. Siempre hay algún profesor que, a principio de curso, lee la lista de alumnos sin levantar los ojos y no ve los gestos desesperados que hace para que no lo diga. Hasta yo agunto la respiración cuando se acerca su apellido y todos en el Gloria Fuertes sabemos que no es bueno llamarla Dorotea. También el imbécil que había subido la fotografía, si no para qué.

—Eh... sí, es posible que sea yo —respondió Tea. Y le devolvió el teléfono a Yaiza como si aquello no importase.

Después, cuando nos quedamos solos, entramos en la Guarida para ver la foto más despacio. La habían recortado justo a la altura del cuello, pero cualquiera del Gloria Fuertes sabe quién es «La Doró». Los comentarios hirientes empezaban a acumularse debajo de la fotografía y me dio asco que un momento tan dulce se hubiera convertido, de pronto, en algo de lo que avergonzarse. Hubo tantas cosas que me dieron asco en esas semanas, que llegó un momento en que el sabor a náusea se me había instalado en la garganta y ni siquiera me daba cuenta.

—¿Quién la ha subido? —le pregunté.

Pinché el perfil de la foto, pero solo había dos letras negras, MO, sobre un fondo amarillo. Ni aficiones, ni amigos, ni nada. Como si hubiese creado la cuenta solo para ese momento de humor más que cuestionable.

Salimos del instituto esquivando a la gente que se para siempre a despedirse, a contarse el último cotilleo o a anotar las tareas que no ha anotado en clase y giramos hacia la calle lateral que tiene bordillos rebajados. Tea empujaba sin abrir la boca y yo me dejaba llevar. Al llegar a la esquina donde nos separamos siempre, se agachó delante de la silla para poner sus ojos justo a la altura de los míos.

—Rai... Esa foto...

—Te juro que no he tenido nada que ver —le dije, moviendo la cabeza.

—O tú o yo.

—Te lo juro, Tea, no se la he enseñado a nadie, ni siquiera la mandé al concurso porque se me pasó el plazo, ya me conoces. Me la han robado, pero no sé cómo.

El viento levantó el polvo del suelo y, durante un segundo, Tea cerró los ojos.

—Pasará pronto —creo que le dije.

Ella apoyó la cabeza sobre mis rodillas y nos quedamos así, en silencio. Nunca rellenos los silencios con palabras vacías, tal vez por eso nos queremos tanto.

—De verdad que lo siento. No puedo entender cómo la han conseguido. ¿Quién coño es MO? Si ya no es seguro ni lo que guardo en el móvil...

Tea levantó la cabeza y me sorprendió lo que vi en su cara. No sé si era rabia o enfado o decepción, tampoco soy tan bueno analizando gestos. Solo sé que no me gustó.

—¿Ese es el problema? ¿Que alguien ha entrado en tu móvil?

—No he dicho eso.

—Sí lo has dicho, pero da igual. Llegará otra movida que haga que esto se olvide.

Y llegó. Porque a veces los deseos se cumplen, aunque rara vez lo hacen como habíamos planeado.



5



LO DE AITOR



LO DE AITOR pasó solo unos días después de la foto de la Doro. Yaiza vino a buscarnos al patio y volvió a mostrarle el teléfono a Tea, como si yo no estuviese allí.

—¿Descubriste algo del tío que colgó tu foto?

—Que es un gilipollas —respondí, aunque no me hubiese incluido en la conversación.

Tea volvió a ofrecerme el teléfono como la vez anterior, aunque en esta ocasión su cara era la de siempre, así que supuse que no era una fotografía suya ni nada que yo hubiera hecho mal y no me equivocaba. Lo que Yaiza nos estaba enseñando era otra entrada de MO en la Guarida. Esta vez, una captura de una conversación de WhatsApp:

Gracias por la clase de ayer. Mi cerebro no da para tanto

no se puede ser tan guapo y listo al mismo tiempo 😏

Los nombres estaban tachados y las fotografías de perfil también. Debajo habían escrito:

«¿Belleza y cerebro son incompatibles?

Parece que sí»

—Vaya, MO el de las frases ingeniosas —dije, devolviéndole el teléfono a su dueña.

Tea se me adelantó y preguntó lo que yo estaba pensando:

—¿Qué tienes tú que ver con eso?

—Es mi WhatsApp. Mi fondo, mis mensajes a la derecha... Pero no es más que una frase sacada de contexto. Alguien me ha robado esa captura y ahora —Yaiza se calló un instante, como pensando qué decir a continuación— él creerá que he sido yo.

—¿Quién? —interrumpí—. ¿A quién le das clases?

Yaiza seguía mirando a Tea y, al oír mi pregunta, bajó la vista hasta encontrarse con la mía como si por fin se hubiera dado cuenta de que estaba allí.

—Solo le echo una mano.

—¿A quién? —insistí.

Me resultaba un poco ridículo ese gesto suyo de mirar a los lados antes de responder cada pregunta. Ni nos estaba contando dónde se escondía el terrorista favorito del FBI ni a los demás alumnos del instituto les interesaba lo más mínimo lo que pasaba en la esquina más apartada del patio, pero no dije nada y esperé hasta que respondió:

—Aitor.

Eso sí fue una sorpresa. El imbécil de Aitor. Al parecer no era suficiente broma del destino tenerlo en la clase de teatro, ahora compartíamos el estrecho circulito rojo en el centro de la diana de ese tal MO.

—Vaya... —dije—, qué suerte la mía...

Tea es cien veces más lista que yo y, sobre todo, cien veces más empática. Con una mirada me advirtió de que no iba bien y me pidió que me callase. Solo que, por entonces, cuando se trataba de Aitor, me costaba mucho tragarme las palabras. Tal vez por eso

Yaiza y ella se cogieron del brazo y avanzaron hacia los edificios, dejándome en la esquina, bajo los árboles. Conozco a Tea y sabía que era un castigo mínimo, un mero toque de atención, así que abrí la mochila para sacar el bocadillo y esperar a que se le pasara. No habían dado más que unos cuantos pasos y yo un par de mordiscos cuando se giró y volvió hasta donde estaba. Señaló los puños de goma de la silla.

—¿Puedo?

—Dale.

El patio de Gloria Fuertes es un triángulo enorme sin más sombra que dos árboles con un banco debajo en la esquina más alejada de los edificios y es allí donde nos gusta pasar el tiempo cuando no estamos en clase. Para llegar hasta nuestro rincón bordeamos todo el patio, porque es el único camino por el que la silla puede circular sin demasiado esfuerzo. El resto son canchas de deporte, arena o una mezcla de piedras y hierba que ha ido creciendo salvaje y que nadie se ha ocupado de arrancar. Yaiza se había puesto al lado de Tea y yo solo escuchaba su conversación a mi espalda, sin intervenir. Aprovechando que tenía las manos libres, seguí con el bocadillo.

—Aitor me habló —contaba Yaiza— al poco de entrar en el grupo de teatro. La verdad es que flipé al principio, porque Aitor no es el tipo de chico que suele hablarme.

—¿Hay un tipo de chico que suele hablarte?

Lo dije con la cabeza medio girada y un trozo de pan en la boca, supongo que ni me oyó, porque no respondió ni pareció haberse molestado. Solo siguió con su historia.

—A veces se le atascan las matemáticas, pero es muy majo.

—Y muy capullo. —Esta vez mi voz fue alta y clara.

Mirando hacia el frente y sin ver las caras que ponían, aclaré que hace falta ser muy capullo para hablar a alguien solo cuando necesitas una profesora particular y que posiblemente para eso se

había apuntado a teatro, pero Yaiza volvió a ignorarme y siguió contándole a Tea que Aitor le mandaba un mensaje antes de los exámenes o cuando las tareas se le atragantaban. Se había ofrecido incluso a pagarle por las clases, siempre que nadie, absolutamente nadie, supiera que lo estaba ayudando.

—No sea que se den cuenta de que debajo de toda esa laca no hay cerebro.

Tea me clavó un poco la uña en la espalda y, antes de que se convirtiera en una advertencia en grado colleja o pellizco, cerré la boca.

La puerta con rampa de nuestro edificio es la más alejada de las tres y, aunque siempre me quejo, esa vez me alegré de haber tenido que hacer un camino más largo, porque me dio tiempo a terminar el bocadillo y, sobre todo, a escuchar la historia entera de Yaiza.

—Falta Lidia —dije, antes de entrar al pasillo de las aulas.

Las dos chicas se miraron, luego me miraron a mí y Tea dijo lo que posiblemente pensaban las dos:

—No te sigo.

—Mi foto, tu nombre, el whatsApp de Yaiza, la debilidad intelectual de Aitor. Ese tío...

—O tía —me interrumpió Tea.

—Vale, quien sea, MO, nos ha tocado las narices a todos los del grupo de teatro menos a Lidia, así que, o es ella o está al caer que aparezca algo suyo.

Tea movió la cabeza hacia los lados y cerró los ojos. Me encanta cuando hace ese gesto, porque es calcada a su madre y a su abuela.

—No le hagas caso, Yaiza, le van las conspiraciones y como aquí no tenemos Área 51 ni extraterrestres ni nada de eso, se está montando su propia teoría de la conspiración.

Entramos en clase y ocupamos nuestros sitios. Aitor estaba dos mesas a la derecha de la mía y me pasé los cincuenta minutos de

2

Inglés espiando sus gestos para ver si le había afectado la publicación de la Guardida. También observé un rato a Lidia buscando señales. Yo qué sé, podía parecerse a un villano de dibujos animados de los que sonríen cuando elaboran un plan maléfico o a una pobre niña que llora sin parar porque le han quitado un juguete. No me caía muy bien, para qué negarlo, y los verbos irregulares ya me los sabía.

No averigüé nada mirando al uno ni a la otra, pero lo cierto es que todo apuntaba a que no me había inventado una conspiración, alguien nos había elegido.

